

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Lectura Primera: Isaías 22, 19-23

Quizá sea conveniente recordar una vez más la razón de la elección de la Primera Lectura. En pocas palabras: abrir paso al Evangelio. Podemos estar de acuerdo o no a la hora de dicha elección, si ha sido la más oportuna. Esto que podemos decir todos los domingos, en este domingo XXI debemos añadir algo más para poder comprender dicha elección y al mismo tiempo que nos sirva de clave interpretativa del Evangelio. En la Biblia hay un lenguaje que podemos llamar “tipológico”, que los evangelistas, especialmente Mateo, usan. Consiste en ver en el AT lo que sucede en el NT. La anticipación se llama “tipo” y lo anticipado “antitipo”. El texto de Isaías 22, 19-23 es un “tipo” del Evangelio de Mateo 16, 13-20. Si no tenemos esto presente, nos costará ver la relación entre las dos lecturas.

Lo principal no es si fue realmente histórico el suceso, que nos narra Isaías, sino su significado “tipológico” con respecto al Evangelio. Es esta razón tipológica la que ha motivado la elección de esta Primera lectura.

Presentemos ahora la perícopa de Isaías: 22, 19-23. El capítulo 22 tiene como dos partes: Oráculo contra la euforia de Jerusalén: vv. 1-14; y el oráculo contra Sobná, el mayordomo de palacio: vv. 15-25.

Oráculo de denuncia y castigo contra Sobná, alto oficial de la corte, al parecer de origen extranjero. El delito no es muy claro: se condena la construcción de un mausoleo, quizá por el lujo que supone en momentos difíciles para el pueblo, o por hacerlo en un lugar que no le corresponde. La condena parece, en cambio, referirse al destierro.

Hubo ocasiones en que los profetas denunciaron ásperamente a algunos individuos que obstruían la obra profética o pervertían el mensaje. Sebná era uno de los oficiales de la corte que trató de persuadir a Ezequías para que se sublevase con Asiria y pidiese ayuda a Egipto, con lo que se oponía directamente a la política de neutralidad que preconizaba Isaías: “y dile: «¡Alerta, pero ten calma! No temas, ni desmaye tu corazón por ese par de cabos de tizones humeantes” (Is 7, 4)

En el versículo 15 de este capítulo 22 de habla del mayordomo de palacio Sobná: “Así dice el Señor Yahveh Sebaot: Preséntate al mayordomo, a Sebná, encargado del palacio, “

En Is 22, 19-25 se anuncia la sustitución de Sobná por Eliaquín. El traspaso de poderes está simbolizado en las llaves y en otros distintivos, y se habla de su eficacia y prosperidad iniciales.

Presentemos los versículos; pero siempre recordando su sentido “tipológico”

19 “Te empujaré de tu peana y de tu pedestal te apearé.”

El poder que tiene Sobná le será quitado; no será desde ahora mayordomo de palacio; las causas pueden ser múltiples: su deseo de pactar con Egipto; el abuso de poder al construirse un lujoso mausoleo.

20 *“Aquel día llamaré a mi siervo Elyaquim, hijo de Jilquías”*

Aunque hemos dicho que lo importante no es la verdad histórica, sino su significado; en honor a la verdad, debemos admitir que se trata también de un hecho histórico, pues leemos en Isaías, 36, 3: *“El mayordomo de palacio, Elyaquim, hijo de Jilquías, el secretario Sebná y el heraldo Yoaj, hijo de Asaf, salieron donde él.”*

Elyaquin aparece ya como mayordomo y Sobná como secretario. El poder que tenía Sobná ha pasado a Elyaquin. Este hecho es anunciado de una forma bella, casi descriptiva en el versículo 21:

21 *Le revestiré de tu túnica, con tu fajín le sujetaré, tu autoridad pondré en su mano, y será él un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá.*

Lo importante de todo este complejo engranaje cortesano no fueron tanto los acontecimientos en sí mismos cuanto la carga de esperanza, casi diríamos mesiánica que Isaías depositó sobre el futuro nuevo mayordomo Elyaquías.

Con símbolos que más tarde se apropiaría la literatura apocalíptica pinta al elegido por Dios revestido de todo poder, con túnica, cinturón y cetro en sus manos.

Su comportamiento será tan humano que merecerá el honroso y familiar apelativo de *“padre”* entre todos los habitantes de la casa de Judá

22 *Pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; abrirá, y nadie cerrará, cerrará, y nadie abrirá.”*

La llave de la casa de David: La llave, símbolo de la autoridad del mayordomo para otorgar o negar la admisión ante la real presencia, se llevaba sobre el hombro.

Abrir y cerrar las puertas de la *“casa del rey”* era un función del visir egipcio, cuyo equivalente en Israel es el maestro del palacio. Esa será la función de Pedro en la Iglesia, reino de Dios, Mt 16, 19. Ap 3, 7 citará este texto y lo aplicará al Mesías, como lo hace la liturgia en la antífona del Magníficat en las vísperas del 20 de diciembre: *“O clavis David et sceptrum domus Israel*

23 *Le hincaré como clavija en lugar seguro, y será trono de gloria para la casa de su padre*

Clavo que sujeta y tensa las cuerdas de las tienda. Imagen bella y transparente. Tal será su seguridad en el poder. El versículo 24 describe los efectos de esta seguridad: *“Colgarán allí todo lo de valor de la casa de su padre - sus descendientes y su posteridad -, todo el ajuar menudo, todas las tazas y cántaros.”* La lectura de este versículo nos anuncia que todo este oráculo no se puede referir literalmente a Elyaquin, sino a alguien que está todavía muy lejos en el tiempo. Esta duda o esta intuición queda confirmada por el v. 25: *“Aquel día - oráculo de Yahveh Sebaot - se removerá la clavija hincada en sitio seguro, cederá y caerá, y se hará añicos el peso que sostenía, porque Yahveh ha hablado.”* Elyaquin sustituyó a Sobná; pero tampoco él será el depositario de la autoridad, sino Otro: El Mesías; Pedro en la Iglesia.

Debido a este lenguaje “tipológico” vemos acertada la elección de esta lectura para el domingo XXI del ciclo A, donde leemos el capítulo 16 de Mateo, 13-20.

Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos. Estribillo del salmo responsorial del salmo 137

Salmo de acción de gracias. El amor y la fidelidad de Dios que escucha y defiende a sus fieles, provocan la acción de gracias del salmista y su invitación universal a la alabanza de la grandeza y la gloria de Dios. El salmista se admira de que un Dios tan grande se ocupe de sus más pequeños y humildes fieles. Al final ratifica su confianza en que la ayuda del Señor no se interrumpirá nunca

Segunda Lectura: Romanos 11, 33-36: Canto a la Sabiduría divina

Pablo, además de teólogo, es un místico. Al final de algunos capítulos, como sucede en el capítulo 8 de esta misma carta, donde el Apóstol de los Gentiles ha hablado de la Vida en el Espíritu, del premio, que esperamos y del Amor salvador de Dios, se emociona y prorrumpe en efluvios místicos; quiere celebrar, exclamar la bondad de Dios.

En estos versículos finales del capítulo 11, donde ha tratado de la Salvación de los Judíos y de los Gentiles, Pablo de Tarso se siente fuera de sí, se siente amado, embriagado por Dios, de aquí este Canto a la Sabiduría divina.

Las exclamaciones sirven aquí para expresar la adoración admirativa como respuesta al misterio consignado en los vv. 25-32. Pablo invoca la inmensidad de la *riqueza* de Dios, de su *sabiduría* y *conocimiento*.

Vamos a hacernos eco de estos versículos: 33-36. El domingo pasado terminábamos con el versículo 32, que era como una recapitulación, en donde Pablo presagiaba la salvación de unos y de otros: de los Gentiles y de los Judíos.

*33 ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!
¡Qué insondables son sus decisiones e inescrutables sus caminos!*

De las “profundidades” de Dios se habla en 1 Cor 2, 10: “*Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios*”: ellas son accesibles sólo a través de la revelación que el Espíritu de Dios concede a los pneumáticos.

Esta Profundidad del versículo 33 se refiere al Ser y al Actuar de Dios. En este contexto más inmediato Pablo está aludiendo al Comportamiento de Dios: la salvación de los judíos y de los gentiles; podríamos decir que hace alusión al misterio del v. 25: “*Pues no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, = no sea que presumáis de sabios: = el endurecimiento parcial que sobrevino a Israel durará hasta que entre la totalidad de los gentiles*”. Este problema ha ocupado todo el capítulo 11. Pablo no puede negar la evidencia: el pueblo judío como totalidad se ha excluido; han comenzando a formar parte de este nuevo Pueblo los gentiles.

Pablo quiere recordar lo que escribió en otra ocasión: “*Más bien, como dice la Escritura, anunciamos: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman.*” (1 Cor 2, 9); “*Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las*

gracias que Dios nos ha otorgado” (1 Cor 2, 12). Pablo se exalta al ver que Dios sigue amando a su pueblo, al pueblo de Abrahán según la raza y al pueblo de Abrahán según la fe: los gentiles y los judíos.

Para entender el comportamiento de Dios debemos aprender su lenguaje. El hombre, no movido por el Espíritu, no comprende las razones de Dios. Pablo tampoco las comprende, cuando quiere analizarlas según los criterios humanos. Al guardar silencio, se da cuenta de que realmente tenía que ser así, está con la forma de actuar de Dios. Nosotros, fundamentados en el Espíritu, hablamos el lenguaje de Dios: *“hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra,”* (1 Cor 2, 7).

Los tres términos: *riqueza, sabiduría y ciencia de Dios* apuntan, pues, a la actuación de Dios que mana de la “profundidad” inagotable e insondable de su misterio-persona: Dios es rico, sabio y conoedor enriqueciendo al hombre, dándole sentido y volviéndose de manera definitiva a él. La profundidad de su misterio está expresada en su actuación histórica, en las inescrutables decisiones de Juez y en los insospechados caminos que su compasión elige y recorre

34 Porque ¿Quién conoce el pensamiento del Señor? 35 ¿Quién le ha prestado algo para pedirle que se lo devuelva?

Pablo junta dos citas: Is 40, 13 *“¿Quién abarcó el espíritu de Yahveh, y como consejero suyo le enseñó?”* y Job 15, 8 *“¿Escuchas acaso los secretos de Dios? ¿acaparar la sabiduría?”*

A fin de subrayar que Dios no es deudor de nadie ni en cuanto a sus planes ni en cuanto a sus dones a los hombres. Todo procede de su propia bondad gratuita; él no necesita consejeros ni informantes. Pablo cita el texto de Isaías según los LXX (con un ligero cambio en el orden de las palabras); las palabras de Is se refieren a la liberación de los judíos del exilio por obra de Yahvé y ensalzan la grandeza divina mostrada con tal motivo. El pasaje de Job no es seguro. Algunos comentaristas creen que alude a Job 35,7 y 41, 11.

Si los juicios de Dios son insondables y sus caminos inescrutables, ¿qué hombre podría sondearlos y escrutarlos?

¿ Quién ha conocido la *inteligencia* del Señor? ¡Nadie!, pues así de profundo es el conocimiento elector de Dios.

De esta respuesta se sigue la alabanza de la sabiduría de Dios: *“¡Oh profundidad de su sabiduría!”*. Finalmente: *“¿Quién le dio primero de modo que tenga derecho a la recompensa?”* ¡Nadie! ¡ *Oh profundidad de la riqueza* de Dios que jamás tiene que recibir para poder dar, y cuyo dar es, por consiguiente, puro regalo sin condición previa alguna: gracia que no sería gracia si alguien pudiera exigirla en virtud de sus obras!

36 De él, por él y para él son todas las cosas. A él la gloria por siempre. Amén

Se concluye de manera positiva frente a las negaciones de v. 33-35. Sólo de Dios viene todo; sólo por él es creado y dado todo; sólo a él apunta todo cuanto Dios crea y da. En último término, la historia de la salvación entera no apunta

sino hacia la realización y consumación de la manifestación de la gloria de Dios: “*a fin de dar a conocer la riqueza de su gloria con los objetos de misericordia que de antemano había preparado para gloria.*” (9, 23).

A la vista de este misterio que se lleva a cabo, los hombres pueden y tienen que expresarle a él su alabanza: “*= y toda lengua confiese que Cristo Jesús es SENOR para gloria de Dios Padre.*” (Filipenses 2, 11).

El amén lo pronuncia la comunidad lectora. Está en el texto para que quien lee, en la asamblea haga una pausa para dar paso al *Amén* de la comunidad.

La fórmula de v. 36^a tiene un paralelo en 1 Cor 8,6: “*para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros.*”

Es una Doxología a Dios (Padre) como creador, sustentador y fin último del universo. No hay duda de que Pablo está expresando en esta plegaria la dependencia absoluta de toda la creación con respecto a Dios. “*porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él,*” (Col 1, 16)

Quizá sea conveniente exponer la interpretación mística de este versículo 33, hecha por otro gran místico, San Juan de la Cruz. “*Y esta espesura de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda e inmensa, que, aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro, por cuanto es inmensa y sus riquezas incomprendibles, según exclama San Pablo, diciendo: ¡ Oh alteza de riquezas de sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios, e incomprendibles sus vías*” (Rom 11, 33) (Cántico B 36, 10

Evangelio: Mateo 16, 13-20: Confesión de Pedro

La primera lectura ya nos ha introducido en el camino recto para entender este evangelio.

. El pasaje con que se cierra la segunda parte del evangelio nos sitúa en un momento muy importante de la vida de Jesús: el rechazo de su pueblo y el fracaso aparente de su misión. Sin embargo, sus discípulos por la boca de Pedro reconocen que Jesús es el Mesías, el Hijo del Dios vivo: títulos que resumen la fe de la Iglesia de Mateo.

Las palabras de Jesús a Pedro (Mt 16 17-20) sólo se encuentran en este evangelio, pero poseen una extraordinaria importancia. Jesús declara dichoso a Pedro, no por sus méritos, sino porque el Padre le ha concedido el don de reconocerlo como Mesías. El cambio de nombre indica el nuevo encargo que Jesús le confiere: ser piedra de cimiento para el nuevo Israel que empieza a ser congregado. Este nuevo Israel es la Iglesia, la asamblea del pueblo elegido, cuya misión será arrancar a los hombres del imperio de la muerte. A través de esta Iglesia viene el reino de Dios, que es semejante a una ciudad, cuyas llaves se entregan a Pedro. El es quien recibe el encargo de ser mayordomo y supervisor (Is 22, 19-22), con autoridad para interpretar la ley (esto significaba entre los judíos la expresión “atar y desatar” y adaptarlas a las nuevas situaciones).

Estos versículos están cargados de teología, que nosotros aquí no exponemos, sino que solamente hacemos una exégesis de los mismos. Con ellos llegamos a lo que durante mucho tiempo se ha considerado como el centro o la médula de la narración evangélica. Por primera vez interroga Jesús a sus discípulos sobre su persona, y Pedro confiesa explícitamente la dignidad mesiánica del Maestro

La perícopa se divide en tres partes: a) *diálogo con los discípulos* 13-16; b) *un pequeño discurso de Jesús* 17-19; c) el v. 20. Desempeña sin duda una función importante en todo el evangelio. El texto está relacionado con la perícopa siguiente 16, 21-28 (Primer anuncio de la pasión. Reacción de Pedro)

Analizamos los versículos:

13. *Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?»*

Mientras en Marcos y Lucas Jesús habla en primera persona (*¿Quién soy yo al decir de las gentes?*, en Mateo dice: *¿qué dicen los hombres a propósito del hijo del hombre?*). Se ha visto con frecuencia en este dato una prueba del carácter tardío de la redacción mateana y una intención de oponer este Hijo del hombre al hijo de Dios del v. 16. En los tres sinópticos, Jesús se designa constantemente a sí mismo con la expresión: *Hijo de hombre*. El hijo del hombre designa al juez celeste de los últimos días, según la apocalíptica judía. Nuestra perícopa tiene por fin demostrar que Jesús es a un tiempo el Revelador de los últimos días (Hijo de hombre, Cristo, Hijo de Dios) y un hombre que se acerca a la soledad y a la muerte.

Sobre el “Hijo del hombre” poseen los discípulos (¡y aún más los lectores cristianos del evangelio!) un saber previo, porque Jesús les había dicho ya algo de su misión: “*Cuando os persigan en una ciudad huid a otra, y si también en ésta os persiguen, marchaos a otra. Yo os aseguro: no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre.*” (10, 23); “El respondió: *«El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre;»*” (13, 37); “*El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su Reino todos los escándalos y a los obradores de iniquidad,*” (13, 41).

Los no iniciados no habían entendido hasta entonces las declaraciones públicas de Jesús acerca del Hijo del hombre: “*Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores." Y la Sabiduría se ha acreditado por sus obras.*” (11, 19); “*Porque de la misma manera que Jonás = estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, = así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches.*” (12, 40)

Desde ese momento hasta la pasión, Jesús no volverá a hablar públicamente del Hijo del hombre.

Sólo en la gran escena del interrogatorio ante el sanedrín, se referirá a su persona como el Hijo del hombre, cuando el sumo sacerdote le pregunta si es el Cristo e hijo de Dios (26, 64): “*Dícele Jesús: «Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora veréis = al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.»* =

14. *Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas.»*

En la respuesta de los discípulos sorprende ante todo la variedad de opiniones que circulan a propósito de Jesús. Todos piensan que Jesús podría ser un enviado de Dios.

Los discípulos refieren las opiniones de la gente: unos, como el malvado Herodes Antipa (14, 2), creen que Jesús es el Juan Bautista resucitado; otros, que es Elías. Jesús no es ninguno de los dos personajes. Otros lo tienen por Jeremías. No sabemos si este profeta tenía una significación especial para Mateo, que cita expresamente a Jeremías en 2, 17 y 27, 9.

15. *Díceles él: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?»*

Jesús pregunta ahora a los discípulos por su opinión personal. Pedro formula la respuesta de los discípulos.

Simón Pedro es la única vez que aparece de este modo. La felicitación dirigida personalmente a Pedro indica que él es el centro de atención.

Jesús no pregunta a sus discípulos por su esencia intemporal, sino por su misión histórica en relación con Dios y con su pueblo, cosa que confirmará la respuesta de Pedro. El ser de Cristo es la misión que tiene que cumplir en la tierra al servicio de Dios y de los hombres

16. *Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»*

Pedro, llamado aquí Simón Pedro para preparar lo que sigue, responde, sin duda en nombre de los discípulos, pero no simplemente como su portavoz, pues será felicitado personalmente por El. Mateo añade: “El Hijo de Dios vivo”. Los exégetas interpretan diversamente esta adición de Mateo. Para algunos exégetas: La confesión de Pedro proclama a la vez la mesianidad de Jesús y su divinidad (Hijo de Dios vivo).

Los versículos 17-19 no tienen paralelo en Mc y Lc. Algunos escritores han sugerido que los versículos han sido sacados de su contexto original, posterior a la resurrección, y que pueden compararse con Jn 21, 15-19, donde se atribuye a Pedro una posición peculiar en la narración de los sucesos posteriores a la resurrección.

¿Realmente dijo estas palabras Jesús?

No podemos dar una respuesta ni afirmativa ni negativa.

¡Qué difícil resulta saber las “mismas palabras del Señor”!

Creo que el problema en cuanto su exégesis estriba en esto: *¿ Interpretan válidamente dichos versículos la obra y la persona de Jesús*

17. *Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.*

La dicha de Pedro es haber reconocido y confesado a Cristo .Ha sido objeto de una revelación divina

18. *Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.*

El nombre griego petros= piedra no era usado, según parece, como nombre propio antes de la era cristiana. Según el primer evangelio, es Jesús quien aplica aquí por vez primera a Simón este sobre nombre de Pedro, explicándolo inmediatamente. Jesús edificará su Iglesia sobre la persona de Pedro, sobre Pedro en cuanto confesor, y no sobre su fe.

Adviértase lo siguiente: 1) El Cristo de Mateo toma la iniciativa y conserva la autoridad en esta edificación; es él quien construirá, no Pedro. 2) *El futuro edificaré* se refiere al tiempo que seguirá a la muerte y resurrección de Jesús. 3) En efecto, esta Iglesia no es el grupo de los discípulos de Jesús ni el reino final, sino la comunidad mesiánica que Jesús reúne y que después de su muerte, anunciará su nombre a la humanidad

Esta promesa o profecía del Cristo de Mateo no se dirige estrictamente más que a Pedro, sin la menor alusión a eventuales “sucesores”. Es la persona histórica de Pedro, como apóstol y confesor de la fe, que constituye la piedra o el fundamento único sobre el que Cristo edifica su Iglesia. Lo que sabemos de los primeros días de la Iglesia en Jerusalén, por los Hechos de los Apóstoles y las cartas, confirma esta declaración del Cristo de Mateo

Tú eres Pedro: Jesús da a entonces a Simón bar-Jonás un nombre nuevo le encomienda una misión. Simón recibe el nombre por que habitualmente se le conoce en el NT; los que dudan de que Jesús pronunció estas palabras olvidan que el NT no tiene ningún otro pasaje en que se explique este cambio de nombre. “Pedro” procede del griego petros, forma masculinizada del nombre femenino petra, “roca”, que equivale al arameo kepha. *Sobre esta roca*: Queda claro que Pedro es la roca sobre la que habrá de edificarse la ekklesia, pero no lo está en qué sentido es él el fundamento. El término ekklesia se utiliza solamente aquí y en 18, 17 a lo largo de todos los evangelios; es muy dudoso que Jesús en persona utilizara este término, que es la forma corriente de designar a la comunidad cristiana en las epístolas. Que Jesús lo usara o no nada tiene que ver con la cuestión de si la comunidad primitiva lo entendió correctamente al pensar que era intención suya crear una comunidad permanente.

En este contexto, la razón de que a Pedro se le llame roca es la fe que acaba de demostrar en su confesión. Ha dado voz a la fe de los discípulos; el grupo que Jesús ha formado permanecerá sobre la base de la fe en Jesús como Mesías. Pedro es el portavoz y el modelo de esa fe. Mientras esta fe se mantenga, “las puertas del seol” nada podrán contra el grupo.

Puertas del infierno: la frase se refiere no al poder del mal, sino al de la muerte, pues el seol es la morada bíblica de los muertos. La exégesis de este versículo es más teológica que bíblica. La Tradición de la Iglesia ha interpretado de un modo concreto este versículo, que quizá desdice del significado exegetico.

Sería muy interesante ahondar en la relación: exégesis y la teología. Los católicos nos amparamos más en la teología que en la exégesis aislada. Quizá los protestantes hacen lo contrario.

19. *A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.»*

Yo te daré se refiere al mismo período que el futuro del versículo precedente: el Cristo de Mateo promete a Pedro que después de su resurrección darás estas llaves a Pedro

Las llaves del reino: conferir las llaves es una clara afirmación de que se pone a alguien en posición de jefe dotado de autoridad. La frase es un eco de Is 22, 22: *“Pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; abrirá, y nadie cerrará, cerrará, y nadie abrirá.”* La llave era el símbolo del cargo de jefe del palacio, el más alto entre los dignatarios de la corte israelita; de esta forma se declara a Pedro jefe de palacio en la efesia.

La Teología aplicó a la misma Iglesia este poder en unión con el Papa. La Iglesia está por encima del Papa, pues éste es parte de la misma Iglesia; pero en cualquier determinación es el Papa en unión con la Iglesia, quien decide. Siempre el error del “conciliarismo” persigue a la Teología. Creo que falta aclarar más la relación Iglesia-Papa (sucesor de Pedro). La exégesis no dice nada acerca de esto.

Todo lo que ates... desates: El significado del cargo conferido se especifica más con la entrega del poder de atar y desatar. Esta expresión es oscura; carece de trasfondo en el lenguaje bíblico, y en el judaísmo rabínico se refiere a las sentencias rabínicas; *atar es emitir una sentencia que impone una obligación, y desatar significa sentenciar levantando una obligación.* La misma frase se utiliza, aplicándola a la Iglesia en conjunto, en 18. 18: *“Yo os aseguro: todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo”*. La frase ciertamente significa el ejercicio de la autoridad, pero no se especifican la naturaleza y el uso de la misma.

De otros pasajes del NT se desprende claramente que Pedro ocupa una posición especial en el Iglesia primitiva: *« ¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos.»* (Lc 22, 31-32)

- 20 *“Entonces mandó a sus discípulos que no dijese a nadie que él era el Cristo.”*

Es el último versículo de la segunda parte del Evangelio de Mateo.

No es la primera vez que nos encontramos semejante prohibición en labios de Jesús, y la volveremos a encontrar todavía en 17,9: *Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.»*

Pero aquí tiene dos rasgos nuevos: por una parte, va dirigida a los discípulos, y no a los enfermos curados por Jesús; por otra, sigue inmediatamente a la confesión mesiánica de Pedro, y se presupone que los discípulos la han entendido. Aquí Mateo nos recuerda el silencio mesiánico tan acentuado por Marcos. Quizá todavía no es tiempo de hacer una exacta proclamación de Jesús, pues el pueblo no la entendería y quizá los discípulos todavía no tienen asimilado las varias dimensiones de confesar al maestro como Cristo, pues esta confesión debe unir el aspecto kenético, de muerte de Cristo y el aspecto de Resurrección. Ni el mismo Pedro puede comprender ahora lo que ha dicho inspirado por el Cielo.

